

IMPERIALISMO*

CLAUDE JULIEN

EL Imperio Norteamericano** no es solamente el más potente que la historia haya conocido. Es sobre todo, si bien se le mira, el más original. Jamás un número tan pequeño de hombres había logrado llevar tan lejos su influencia y marcar con su impronta la vida cotidiana de un tan gran número de pueblos. Con doscientos millones de habitantes, los Estados Unidos no representan más que una ínfima porción —apenas el 6%— de la población mundial. Pero ellos solos producen más que el conjunto de los países comunistas y consiguen el 43% de la producción del mundo no comunista. Ningún punto del globo está al abrigo de sus armas y poseen la posibilidad de aniquilar varias veces toda la vida sobre el planeta. Ningún pueblo, antes que ellos, había alcanzado tal capacidad de producir ni tal aptitud para destruir. Los norteamericanos, a pesar de no constituir más que el 6% de la población mundial, producen el 14% de las cosechas de trigo, el 45% de las cosechas de maíz, el 20% de la carne enviada a los mercados mundiales.¹ Recientemente han decidido reducir su producción agrícola y liquidar sus excedentes de cereales pero, si lo quisieran, podrían ellos solos alimentar a casi toda la humanidad. Al mismo tiempo, sin utilizar su más temible potencial militar, han demostrado, en Vietnam como en Corea o durante dos guerras mundiales, la eficacia de su formidable aparato de destrucción. Ellos pueden decidir de la vida o de la muerte de la especie humana y, más que cualquier otro pueblo, contribuyen a su progreso científico y técnico.

* Artículo publicado como *Documento del Año*, bajo el título de "l'Amérique vaincra!...", en la sección de *Documentos* de la revista francesa *Le Nouvel Observateur*, N° 203 (30 septembre au 6 octobre 1968), pp. 3-9. El texto fue extraído del libro de Claude Julien, *l'Empire américain*, que publicó recientemente la editora Grasset, de París. Una amplia reseña sobre el libro, debida a la pluma de Georges Balandier, puede verse en el diario *Le Monde*, 24 octubre 1968, p. 5. Y por último digamos que el libro de Claude Julien ha sido galardonado con el premio "Aujourd'hui" que se concede en Francia cada año a una obra política o histórica contemporánea.—*Nota del traductor.*

** Las palabras *Amérique* y *américain*, cuando se refieren a los Estados Unidos de América, han sido traducidas al castellano por Norteamérica y norteamericano, respectivamente, por parecerme más propio de nuestro idioma.—*Nota del traductor.*

¹ Estas cifras, al igual que las diversas estadísticas citadas, fueron extraídas del *Statistical Abstract of the United States*, 1967.

Mas este imperio sin precedente, que tiene entre sus manos el destino de la humanidad, es extraordinariamente voraz. Fabuloso productor, es asimismo ávido consumidor. Los Estados Unidos consumen casi tanto como el resto del mundo, que está diecisiete veces más poblado que ellos. Un norteamericano absorbe tres veces más energía que un europeo, ocho veces más que un japonés, ciento sesenta veces más que todo habitante de cualquier otro país asiático. En el mundo entero, con tres mil quinientos millones de seres humanos, la producción de electricidad alcanza 3,339.7 millones de kilovatios-horas, pero los Estados Unidos, con doscientos millones de habitantes solamente, producen más de un tercio, es decir 1,157.3 millones, y todavía tienen que importar del Canadá. Calculado en millones de toneladas de carbón el volumen de la energía consumida cada año en el mundo representa 5,767 millones, de las que un tercio —1,993.5 millones de toneladas— es absorbida por los Estados Unidos. Por cabeza de habitante, ningún pueblo del mundo consume más carne, más papel, más petróleo, más acero, más uranio que el pueblo de los Estados Unidos.

*

* *

“Toda la historia norteamericana, escribe Max Lerner, está marcada por una tendencia perpetua a la expansión: sed de tierra, sed de poderío, sed de lo nuevo, sed de grandeza y otras tantas necesidades que se sacian de sí mismas”. A través de las vastas llanuras, los desiertos y la barrera de las Rocosas, esta sed ha llevado a Norteamérica hasta las orillas del Pacífico, la ha ensarzado en guerras contra sus dos vecinos, el Canadá al norte y México al sur. Y, añade Max Lerner, “sería ligereza pensar que una fuerza con la potencia para extender sus fronteras hasta los límites de un continente pueda pararse en seco al borde del Océano”.

Porque esta fuerza no residía solamente en la voluntad de algunos pensadores, políticos, hombres de negocios o jefes militares portadores de una visión grandiosa del destino de su pueblo. Esa fuerza hundía sus raíces en las necesidades de la vida cotidiana. Necesidad de tierras para establecer a millones de inmigrantes —y para esto hacía falta reducir la resistencia de los indios, adquirir la Luisiana de Francia, Alaska de Rusia y, por vía de conquista, amputar a México una gran porción de su territorio. Necesidad de vender y adquirir que daba nacimiento a una marina mercante para cambiar pieles por las especies y sedas del Oriente, para importar los plátanos de la América Central y el café del Brasil, para transportar del Cercano Oriente un

petróleo menos caro que el de Texas. Necesidad de intervenir en dos guerras mundiales sin que lo desearan ni Woodrow Wilson ni Franklin Roosevelt. Necesidad de construir una fuerza militar sin igual para oponerse a toda expansión del comunismo. Necesidad de exportar capitales, no tanto para asegurarse salidas comerciales como para acceder a las fuentes de materias primas dispersas por toda la superficie del globo: cobre de Chile, petróleo de Arabia Saudí, yute de la India, caucho de Indonesia, etc.

Es de ese modo que, para responder a las necesidades de Norteamérica, ha nacido el imperio que no se parece a ningún otro, el imperio sin fronteras. Las antiguas cartas geográficas reservaban un color a las regiones que, sobre cuatro continentes, pertenecían al Imperio Francés y otro color a los países integrados al Imperio Británico. Este pequeño juego ya no es posible sobre el mapamundi norteamericano, y las banderas estrelladas que flotan sobre Puerto Rico, las Islas Vírgenes, Guam, Samoa o la Zona del Canal de Panamá no hacen ver la amplitud del Imperio Norteamericano. Para obtener una representación gráfica, convendría hacer figurar las inmensas regiones que tiene bajo su estrecha dependencia por el juego combinado de sus concesiones petroleras y mineras, del despliegue de sus fuerzas terrestres, navales y aéreas, de sus inversiones privadas y de sus créditos gubernamentales, de su influencia financiera o política, de la fuerza que le da su posición de gran cliente, de las amistades sinceras o interesadas y del temor de numerosos países a exponerse a las eventuales represalias de un asociado tan potente.

*
* *

Los norteamericanos que reflexionan sobre la posición de su país en el mundo no piensan ya en negar la realidad de un "imperialismo" de los Estados Unidos. Lo que ellos discuten es que el egoísmo nacional les haya conducido por tal camino. "Nuestra ambición, escribe Ronald Steel, no es imperialista, y sin embargo ella conduce a emplear los mismos métodos: establecimiento de guarniciones militares alrededor del globo, atribución de subsidios a los políticos y gobiernos clientes, aplicación de sanciones económicas e incluso el empleo de la fuerza militar contra los estados recalcitrantes y utilización de un verdadero ejército de administradores coloniales que trabajan en organizaciones tales como el Departamento de Estado, la Agencia para el Desarrollo Internacional, la Agencia de Información de los Estados Unidos y la 'Central Intelligence Agency' (C. I. A.)"

Que haya o no voluntad imperialista, el imperio no ha cesado de extenderse y de reforzarse, llevando más lejos sus ramificaciones, consolidando su dominio. Ningún autor norteamericano discute el hecho. Su debate se centra únicamente sobre las motivaciones de los constructores de este imperio. Y, con variaciones de matiz, están de acuerdo al insistir en la generosidad que ha inspirado el expansionismo.

El imperio norteamericano sería la ineluctable consecuencia de un "instinto profundamente arraigado en nuestro temperamento nacional: el de ayudar a los menos afortunados y permitirles competir y, puede ser un día, igualar nuestra propia sociedad", escribe todavía Ronald Steel. Al interrogarse sobre las verdaderas intenciones de Norteamérica, Max Lerner aporta una respuesta más sobria: "¿Altruismo? No hay tal: sus motivos son interesados. Le son dictados de una parte por el miedo a la dominación comunista, y de otra parte por el espectro de la recesión económica que obsesiona a los hombres de negocios e incluso al movimiento obrero: se necesita en efecto que las industrias de la defensa trabajen a pleno rendimiento y que los programas de ayuda internacional permitan dar salida a los excedentes de la producción para que la economía siga estable. Pero si la motivación es egoísta, sus consecuencias son diferentes de las de los imperios coloniales del pasado".

He aquí entonces un Imperio que logra conciliar los intereses "egoístas" de una potencia y la generosidad de un bienhechor. La aventura de los constructores del Imperio Norteamericano, sigue diciendo Ronald Steel, reposa 'sobre la certidumbre de que corresponde a Norteamérica hacer al mundo más feliz, más ordenado y acercarlo más a nuestra imagen". Como Dios creando al hombre a su semejanza, Norteamérica sueña con remodelar la faz de la humanidad.

*

* *

Sueño seductor, pero que no tiene nada de original. Los hacedores de los Imperios británico y francés también hallaron sus bardos para celebrar con lirismo un mesianismo exaltante. El Imperio Norteamericano estaría desprovisto de todo rasgo específico si no fuese de otro tipo. Su única marca distintiva vendría de la forma particular de "esclavitud" que está llamado a combatir: la "esclavitud comunista".

La originalidad del Imperio Norteamericano es otra. Algunos días después de los primeros bombardeos de Viet-Nam del Norte, en febrero de 1965, George Ball, subsecretario de Estado, declaraba que los Estados Unidos estaban empeñados "en una empresa nueva y única

en el mundo, en vista de asumir una responsabilidad mundial exenta de intereses territoriales o estrechamente nacionales." Estos intereses no son "estrechamente nacionales" en la medida en que Norteamérica identifica sus intereses con los del "mundo libre" y con los de los pueblos que no esperan más que su liberación. Y Norteamérica no abriga "intereses territoriales" porque terminó el pasado siglo su expansión geográfica. No siente la necesidad de extender sus fronteras nacionales. Cuando estuvo tentada de hacerlo, en 1898 por la conquista de las Filipinas, descubrió bien pronto los inconvenientes de un imperio de estilo clásico. Cuando Inglaterra y Francia perseguían precisamente la edificación de un imperio territorial, Norteamérica descubriría que la conquista militar no constituye el medio más seguro de establecer una influencia. Los imperios de estilo clásico se han hundido; el Imperio Norteamericano, al contrario, no ha cesado de extenderse. Y se ha extendido por necesidad, para responder a sus necesidades internas, siendo la más apremiante el aprovisionamiento de materias primas.

Porque los tiempos han pasado cuando los Estados Unidos hallaban en su propio subsuelo los recursos de que se nutre su industria. Una explotación irracional y un enorme despilfarro han reducido sensiblemente las reservas conocidas. Pero, sobre todo, un consumo siempre creciente ha obligado a los Estados Unidos a ir a buscar más allá de sus fronteras las materias primas que no poseen por sí mismos en cantidades suficientes o de que están prácticamente desprovistos. Además, muy frecuentemente, previendo el caso en que un día sean cortadas las fuentes lejanas de aprovisionamiento, explotan en prioridad los yacimientos extranjeros con el fin de economizar sus reservas nacionales. De cualquier modo, en proporciones a menudo insospechadas, la producción de la industria norteamericana y el consumo de los norteamericanos dependen del abastecimiento de los Estados Unidos de minerales que tienen que ir a buscar a la América Latina, África o Asia. Y, además, deben también importar los productos tropicales de que son grandes consumidores. Entonces se comprende que los Estados Unidos no pueden mantener su alto nivel de vida si pierden su libertad de acceso a las materias primas del tercer mundo.

*

* *

El imperio económico norteamericano en su realidad extremadamente compleja está organizado para salvaguardar y extender esta libertad de acceso a los minerales y a los productos agrícolas del tercer

mundo, condición esencial para el mantenimiento de la prosperidad interior. Tesoros de ingeniosidad, de energía y de coraje han sido gastados para asegurar a los Estados Unidos, por las múltiples ramificaciones de su imperio, esta situación de consumidor privilegiado. Y cada día esfuerzos considerables son desplegados para mantener y reforzar las posiciones adquiridas.

"El espíritu de los negocios, escribe Max Lerner, ha guiado la política extranjera de Norteamérica, como ha guiado el aparato político, el sistema judicial, la interpretación de la constitución, la prensa, las Iglesias y hasta el movimiento obrero." Animadas de un mismo espíritu, las principales fuerzas de la nación convergieron así hacia un objetivo prioritario: asegurar la potencia económica del imperio. Sin ningún dogmatismo o rigorismo jurídico, las leyes han recibido interpretaciones diferentes de acuerdo a los intereses del imperio. En la misma época la legislación anti-trusts ha sido "suspendida" para permitir a las compañías norteamericanas participar en la exploración de los petróleos del Irán y ha sido ejercida para obligar a la *United Fruit* a suavizar su dominio sobre los países de América Central. Pero en los dos casos el objetivo era el mismo: sentar más sólidamente las bases del Imperio. Las leyes sacrosantas del liberalismo económico han sido día a día invocadas y violadas, según las circunstancias, para favorecer la expansión del imperio. En el mismo espíritu, las autoridades norteamericanas han sabido dar prioridad, sea a las inversiones públicas, sea a las inversiones privadas, para asegurar en las mejores condiciones una posibilidad de acceso a las regiones vitales del mundo. El aparato político, el aparato diplomático y el aparato militar de los Estados Unidos se han puesto al servicio de la misma causa que se beneficia del sostén de las grandes compañías norteamericanas lo mismo que de los sindicatos obreros y, si es necesario, de las organizaciones religiosas.

*

* *

Gracias a la potencia de este imperio sin fronteras, el consumo de acero por habitante es dos veces más importante en los Estados Unidos que en un país que, como Francia, pertenece no obstante al "club" de las naciones privilegiadas. Ese consumo alcanza 1,446 libras en los Estados Unidos, 730 en Francia, 86 en Brasil y 35 solamente en la India. Proporciones análogas se dan para el consumo de cromo, níquel, manganeso, cobre, textiles, papel, café, carne, etc. No es entonces por accidente que el párrafo 4 de la Carta del Atlántico, firmada

por Roosevelt y Churchill el 14 de agosto de 1941, declara que las potencias aliadas se esforzarán, en el respeto de las obligaciones existentes, por favorecer el derecho de todos los estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, de tener acceso, sobre una base de igualdad, al comercio y a las materias primas del mundo que son necesarias a su prosperidad económica.² Ningún país puede vivir en autarquía, pero los Estados Unidos, siendo el más grande consumidor del mundo, tienen, más que ningún otro, necesidad de acceso a las materias primas "necesarias a su prosperidad económica." Y está claro que ellos no garantizan a todos esta libertad de acceso "sobre una base de igualdad." Porque otro conflicto ha seguido al de las armas. En el gran enfrentamiento mundial, ellos rehúsan la exportación de materiales estratégicos con destino a los países comunistas, a los que disputan los yacimientos de materias primas del tercer mundo. El paso a control comunista de vastas porciones de América Latina, de Africa o de Asia del Sudeste les privaría de minerales y productos agrícolas de los cuales no pueden prescindir so pena de ver desplomarse su nivel de vida. Tal conglomerado justifica de su parte un esfuerzo militar superior al de la U.R.S.S. y de Europa Occidental combinados. Ellos consagran en efecto a su defensa nacional, en 1966 por ejemplo, 54,200 millones de dólares; los seis países del Mercado Común, 12,077 millones de dólares, y la U.R.S.S., según las estimaciones norteamericanas, alrededor de 35,000 millones de dólares. Un esfuerzo tan considerable es posible en la medida en que su producto nacional bruto es más de dos veces superior al de los Seis: 681,200 millones de dólares en los Estados Unidos, contra 298,700 millones para el Mercado Común, es decir 3,501 dólares *per cápita* en los Estados Unidos y 1,645 dólares en los Seis.

Los Estados Unidos no se limitan a disputar a los países comunistas los recursos naturales de los cuales son grandes consumidores los países evolucionados. Se esfuerzan además por obtenerlos a mejor precio. En 1955, el barril de petróleo producido salía a 2.77 dólares en los Estados Unidos como en Venezuela pero, en 1965, salía a 2.86 dólares en los Estados Unidos contra 2.47 dólares en Venezuela y todavía más barato en el Oriente Medio; por el juego del "cartel", las compañías norteamericanas han sabido mantener los precios mundiales al nivel que les convenía. Los Estados Unidos adquieren el mineral

² El texto original de este párrafo es el siguiente: "Fourth, they will endeavor, with due respect for their existing obligations, to further the enjoyment by all States, great or small, victor or vanquished, of access, on equal terms, to the trade and to the raw materials of the world which are needed for their economic prosperity." Extraído de Frederick L. Schuman, *International Politics: The Western State System and the World Community*, 6th ed., New York, McGraw-Hill, 1958, p. 193.—Nota del traductor.

de hierro venezolano a 7.97 dólares la tonelada en 1965, cuando el mineral extraído en Norteamérica les salía a 9.53 dólares.

*

* *

El foso no cesa pues de crecer entre los países pobres y los países ricos a la cabeza de los cuales figuran los Estados Unidos. Ya en 1957, en un informe preparado a petición del Presidente Eisenhower, Nelson Rockefeller observaba que el "progreso económico en las regiones menos desarrolladas sostiene apenas el ritmo de crecimiento de la población." Un decenio más tarde el problema se plantea todavía en los mismos términos. Sin embargo el presidente Kennedy había comprendido bien que los países pobres no podrían lograr su desarrollo económico en tanto que no dispusieran de recursos suficientes, y él entreveía un plan de estabilización de los precios de las materias primas suministradas por el tercer mundo a las naciones ricas. Pero esta declaración de intención apenas tuvo seguimiento. La especulación sobre las cotizaciones de las materias primas continúa privando a los continentes retrasados de los recursos que les son necesarios para equiparse industrialmente. Antes que agotar esta fuente de provechos, el imperio prefiere proceder por vía de préstamos e inversiones directas, que someten más estrechamente a los países beneficiarios. Este sistema altamente rentable ofrece al imperio la doble ventaja de no atacar el problema en su raíz y de mantener su reputación de generosidad.

*

* *

Seguro de su potencia, fuente de su prosperidad, orgulloso de su papel histórico, el Imperio Norteamericano tiene sed de justificaciones morales. Cuando ensancha la esfera de su influencia económica o política nunca es para conquistar nuevos mercados, para procurar salidas ventajosas o para garantizar la seguridad de su aprovisionamiento. A toda región en que ella se aventura, Norteamérica, usando la expresión de Melville, "lleva el arco de las libertades del mundo." En el momento en que las fuerzas norteamericanas destruyen las ciudades y pueblos de Viet-Nam donde se hayan infiltrado los combatientes del Frente Nacional de Liberación, el presidente Johnson declara: "La libertad sobrevivirá y los pueblos y ciudades de Viet-Nam del Sur serán reconstruidos" (18 de febrero de 1968). Después añade: "En tanto que la libertad no sea sólidamente establecida en Asia, en

tanto que el vasto Pacífico no sea una inmensa comunidad de paz, en tanto que los cañones no enmudezcan, en tanto que los vecinos vivan en el temor, los norteamericanos no podrán tomar reposo, los norteamericanos no podrán dormir". [...] Norteamérica no existe para ella misma sino para la felicidad de la humanidad. Henry Luce, director del grupo "Time-Life", vio en ella a la vez "el dirigente dinámico del comercio mundial" y "el Buen Samaritano que sabe que hay más gozo en dar que en recibir."

El Buen Samaritano ha gastado en una veintena de años más de 120 mil millones de dólares para la ayuda al extranjero, y su dinamismo le ha permitido al mismo tiempo acrecentar su riqueza nacional mientras edificaba un potencial militar sin igual. Pero él no piensa únicamente en aportar al mundo una felicidad material: él quiere también, y sobre todo, ofrecerle este bien todavía más precioso que es la libertad. Esta misión liberadora no la ha escogido. Le ha sido impuesta. Refugio de todos aquellos que huían del despotismo bajo sus formas más diversas, Norteamérica no puede limitarse a guardar bajo el mostrador la antorcha de la libertad. Abraham Lincoln decía que "Norteamérica no puede sobrevivir si es mitad libre y mitad esclava". Desde la segunda guerra mundial, los presidentes de los Estados Unidos consideran que el mundo no puede sobrevivir si es mitad libre y mitad esclavo.

Sin embargo la amenaza comunista ha moderado el mesianismo norteamericano. El gobierno de Washington ha estimulado en todas partes, con mayor o menor éxito, una política de descolonización, sin ceder por otro lado a la presión de los elementos extremistas que preconizaban una política sistemática de "liberación" de los pueblos sometidos a los regímenes comunistas. Impotente para intervenir en favor de los sublevados de Budapest en 1956, se propuso sostener los pueblos donde la libertad estaba amenazada. "La política de los Estados Unidos debe consistir en sostener los pueblos libres que resistan a la dominación que intentan imponerles las minorías armadas o una presión exterior", declaraba el presidente Truman al anunciar, en 1947, la ayuda a Turquía y a Grecia. Pero, veinte años más tarde, la Grecia de los coroneles parece mostrar que a los ojos de los Estados Unidos el comunismo es el único adversario de la libertad. Es para resistir al comunismo que los Estados Unidos, en Saigón, sostienen ante todo la dictadura de Diem y se aventuran incluso, por elecciones dudosas, a organizar una parodia de democracia con los generales Thieu y Ky. Los Estados Unidos, a pesar de su amor a la libertad, no tenían más que complacencias para la dictadura de Batista, pero no encuentran términos lo suficiente severos para condenar el

régimen de Fidel Castro que, invocando un vago marxismo, realiza en Cuba lo que en vano los Estados Unidos predicán a los otros países de América Latina: reforma agraria, escolarización extendida, desarrollo de los servicios sanitarios, etc.

Considerando al comunismo como la única amenaza real, dudan del carácter sagrado de su misión y no osan oponerle la barrera en que ellos dicen creer: la libertad. Con el fin de contener el comunismo en sus fronteras, pactan a través del mundo con los regímenes que son en sí mismos una negación de la libertad. El anticomunismo pervierte el mesianismo norteamericano y convence a los Estados Unidos, en su gran cruzada por la libertad, de apoyarse a veces sobre regímenes dictatoriales. Mas ellos no dudan mientras tanto de estar dedicados a la defensa de las libertades democráticas.

*
* * *

Pueblo "escogido", el pueblo norteamericano se enfrenta cada día a la dificultad de dar a toda la tierra esta libertad de que goza entre sí. Si la libertad de que ellos gozan no llega a extenderse más en toda la superficie del globo, es porque los norteamericanos constituyen una "especie aparte". Helos ahí, entonces, condenados a contemporar con los adversarios de la libertad, a asociarse a los menos temibles, siempre que no sean comunistas, para oponerse más eficazmente a la única amenaza seria. Y, en la medida en que la U.R.S.S. de la coexistencia pacífica es menos temible que la China de Mao, esta regla es asimismo susceptible de muchas acomodaciones. Cuando se trata del enfrentamiento de las potencias, los principios absolutos revelan una sutilidad insospechada.

*
* * *

"Los unos profesan los dogmas cristianos porque creen, observaba Tocqueville, los otros porque temen no tener la apariencia de creer". Y, recordando que la ley de la mayoría es soberana, añadía: "En los Estados Unidos el soberano es religioso y, por consiguiente, la hipocresía debe ser común." Por eso la indignación fue grande después que, rompiendo con su deber de hipocresía, Arthur Sylvester, adjunto de Robert McNamara en la dirección del Pentágono, afirmó que el gobierno tiene "el derecho, si es necesario, de mentir para salvarse". Tales palabras causan perjuicio a la moral del imperio, que tiene

necesidad, para absolverse de su misión mundial, de conservar intactas su buena conciencia y su fe en la pureza y la generosidad de sus intenciones. La tradición puritana hace de la riqueza, del poderío material, un signo de la bendición divina. El imperio es fuerte porque es generoso y desinteresado. [...] Los fundamentos morales de la empresa serían minados y el imperio perdería su confianza en sí mismo si descubriese súbitamente que toda su energía, todos sus talentos y toda su potencia tienden no hacia un ideal de libertad y de progreso sino hacia objetivos más tangibles: preservar el acceso de Norteamérica a las materias primas de que ella tiene necesidad y proteger sobre todos los continentes las vastas regiones hacia donde necesita exportar sus capitales. Ciertos teóricos han querido ver en este segundo objetivo el único que resulta vital para la economía norteamericana. Pero no existen evidentemente tabiques estancos y la exportación de capitales condiciona a menudo el acceso a las materias primas. Después de la evicción de Sukarno y la masacre de los comunistas, los dólares norteamericanos afluyen a Indonesia donde el suelo es rico en estaño, petróleo, carbón, bauxita, manganeso, cobre, níquel, sin hablar del caucho, del oro y de la plata. En sentido inverso la revolución cubana ha privado a la economía norteamericana no sólo de los mil millones de dólares invertidos en la isla, sino también de la posibilidad de acceso a las plantaciones de caña de azúcar y al más rico yacimiento de níquel del mundo.

Ahora bien, si nada prueba que la "teoría del dominó" invocada para justificar la intervención norteamericana en Viet-Nam corresponde a una realidad militar, corresponde sin duda alguna a una realidad económica. La caída militar de un país como Viet-Nam, sostienen en Washington, arrastraría de inmediato la caída de sus vecinos. Ningún hecho verifica este postulado y toda suerte de acuerdos internacionales pueden ser considerados para evitar las caídas en serie y para asegurar a los países amenazados una protección eficaz contra una eventual agresión exterior o contra una "guerra de liberación nacional". Pero la "teoría del dominó" es de una temible eficacia sobre el plano económico. Que los Estados Unidos carezcan de firmeza frente a Cuba, y los capitales privados vacilarán en dirigirse hacia los países del hemisferio, todos más o menos expuestos al contagio revolucionario. En cambio la franca hostilidad de Washington hacia La Habana da seguridad a la empresa privada y protege el flujo de capitales hacia la América Latina al mismo tiempo que la repatriación de substanciales beneficios. Por lo mismo, el empeño militar de los Estados Unidos en Viet-Nam incitó en 1965 al Bank of America

y al Chase National Bank a abrir sucursales en Saigón, donde el First National City Bank y el American Express piensan seguirles muy pronto.

*

* *

El gobierno norteamericano, con un presupuesto militar superior al de la segunda guerra mundial (más de 75 mil millones de dólares en 1968), ha mostrado que no cicatea los medios.

*

* *

Las sumas destinadas al presupuesto de la Defensa son, cada año, grandemente superiores al total de las inversiones acumuladas en el extranjero, estas inversiones que se trata de proteger a fin de que se mantenga intacta la confianza que permite a las empresas privadas exportar sus capitales. Estos se dirigen con preferencia hacia las regiones que, como el Canadá y Europa, no se hallan expuestas a una amenaza de subversión, mas el imperio no puede encerrarse deliberadamente en un círculo geográfico estrecho, no puede abandonar a sí mismos los países que, con sus recursos naturales todavía poco explotados, correrían el riesgo de pasar al otro campo. El imperio debe entonces manifestar, aunque sea el precio de la destrucción de un país, su aptitud para impedir militarmente toda progresión del comunismo, a fin de disuadir al adversario de llevar más lejos la revolución. Así los capitales privados osarán aventurarse en las regiones más expuestas del mundo y, en cinco años, aumentar en el 58% en Asia. El consagrar a la Defensa cerca de la mitad del presupuesto federal no es pagar un precio muy elevado, porque las tres quintas partes de los créditos militares, es decir unos treinta mil millones de dólares cada año, son destinados a los contratos concluidos con la industria privada. Todos los sectores de la producción (minas, metalurgia, aparatos eléctricos, electrónica, industrias químicas y textiles, etc.), se benefician del maná derramado por el Pentágono que contribuye a la prosperidad general no solamente al mantener tres millones de hombres bajo las banderas, sino también proveyendo numerosos empleos en la industria y la investigación.

Es cierto que unos desembolsos tan importantes apenas permiten proseguir simultáneamente los ambiciosos objetivos de la Gran Sociedad prometida por el presidente Johnson, mas el imperio no ha bus-

cado una situación que le somete a tan pesadas cargas militares. El no sueña más que en la libertad, la paz y la prosperidad. Conviene entonces pagar el elevado precio para hacer frente a una situación que le ha sido impuesta del exterior. Vendrán días mejores así que el mundo entero haya reconocido la pureza de las intenciones de Norteamérica. Y esta espera es tanto más tolerable puesto que los desembolsos militares estimulan la producción y mantienen la prosperidad interior a un nivel que no sería alcanzado si el presupuesto de la Defensa sufriese amputaciones sustanciales.

*

*

*

Así se desarrolla el ciclo infernal que obliga a los capitales privados norteamericanos a encontrar sin cesar en el extranjero nuevas posibilidades de inversiones sobre las que vela el potencial militar del Pentágono. El imperio se desarrolla y se extiende gracias a la velocidad adquirida, convencido de que ninguna fuerza en el mundo logrará contener su marcha. Al contrario, el mundo tiene ante sus ojos la prueba de la potencia y de la vitalidad del imperio, de su aptitud para producir y para destruir, de su generosidad hacia los amigos y de su resolución frente a los adversarios. Ya no se trata de saber cómo resistirlo; más simplemente *¿por qué le resistirían?* El presidente Johnson ha dicho claramente a los pueblos de la tierra que su única ambición es consagrar todas sus fuerzas "a la creación de una gran sociedad mundial en la cual todos los hombres serán liberados del hambre, protegidos contra la enfermedad, donde podrán hallar su pleno desarrollo espiritual, al resguardo de la degradación nacida de las miserias físicas" [...]. Y John F. Kennedy [...] decía el mismo día de su entrada a la Casa Blanca.

"Pidamos a Dios Su bendición y Su ayuda para guiar este país que nos es querido, mas recordemos que sobre la tierra el trabajo de Dios es el nuestro." (20 de enero de 1961)

Muchos hombres juzgarían temible tener que realizar el trabajo de Dios sobre la tierra. Felizmente, la democracia norteamericana está, mejor que cualquier otro sistema político, preparada para encargarse de esta tarea. "Nuestra forma de gobierno, dijo Eisenhower, no tiene algún sentido a menos que esté fundada sobre una fe religiosa profundamente sentida." Sin embargo la ambigüedad permanece y el dilema existe en todo momento. Norteamérica sueña con la felicidad universal y con la fraternidad mundial, mas el imperio, si no está

desprovisto de amigos, cuenta también con los clientes, tiene que afrontar los adversarios, calmar los celos y apaciguar las rivalidades y los odios. Norteamérica sueña con la libertad y la democracia, mas el imperio, sobre todos los continentes, cultiva la simpatía de los regímenes fuertes y, si necesario, establece dictaduras sobre las ruinas de sistemas democráticos cuya caída ha sido provocada por sus agentes. Norteamérica proclama muy alto principios irreprochables, que a menudo contradicen sus acciones. El gobierno norteamericano hizo inscribir en la Carta de Bogotá un artículo 15³ que afirma solemnemente: "Ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho a intervenir directa o indirectamente, por cualquier razón que sea, en los asuntos internos o externos de otro Estado, cualquiera que sea." Pero, seis años más tarde, la C.I.A., con el beneplácito de la Casa Blanca, del Departamento de Estado y del Pentágono, organiza el derribo del gobierno legítimo de Guatemala y después, en 1961, una invasión de Cuba. A petición del gobierno de Washington, el artículo 17⁴ de la misma Carta de Bogotá afirma: "El territorio de un Estado es inviolable; no puede ser objeto siquiera temporalmente de una ocupación militar o de otras medidas de fuerza tomadas por otro Estado, directa o indirectamente, por cualquier razón que sea." Pero en 1965, unos 20,000 soldados norteamericanos, ocuparon Santo Domingo. Habiendo captado la medida de su potencia, Norteamérica se torna en defensor de las naciones más débiles. "Todos los pequeños Estados, declara Dean Rusk, tienen derecho a ser dejados en paz por sus vecinos aunque aquellos estén próximos de una gran potencia." Pero en el espíritu del Secretario de Estado esta frase de alcance universal se aplica al Viet-Nam, que amenazaría la China, y no se aplica ni a Cuba ni a Santo Domingo, no obstante estar próximos a una gran potencia. Norteamérica desea que las relaciones internacionales estén fundadas en el respeto de la verdad, mas Eisenhower afirma que el avión espía de Powers abatido sobre la U.R.S.S. efectuaba una misión meteorológica, y Adlai Stevenson, en la tribuna de la O.N.U., sostiene

³ El texto íntegro de este artículo es el siguiente: "Ningún estado o grupo de estados tiene derecho a intervenir, directa o indirectamente, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro. El principio anterior excluye no solamente la fuerza armada, sino también cualquier otra forma de injerencia o de tendencia atentatoria de la personalidad del estado, de los elementos políticos, económicos y culturales que lo constituyen." Tomado de: *Textos básicos de la organización internacional*, seleccionados y anotados por José Ma. Cordero Torres. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1955, p. 109.—*Nota del traductor.*

⁴ El texto íntegro del artículo 17 es el que sigue: "El territorio de un estado es inviolable; no puede ser objeto de ocupación militar ni de otras medidas de fuerza tomadas por otro estado, directa o indirectamente, cualquiera que fuese el motivo, aún de manera temporal. No se reconocerán las adquisiciones territoriales o las ventajas especiales que se obtengan por la fuerza o por cualquier otro medio de coacción." *Ibid.*, loc. cit.—*Nota del traductor.*

que los combates de la Bahía de Cochinos no empeñan ni conciernen a otros que a los cubanos.

*
* *
*

¿Ha alcanzado Norteamérica aquel estado de potencia donde estaría tentada de perder las cualidades que le han permitido extender su imperio en el mundo? ¿Se debe creer, como escribe Max Lerner en la conclusión de su voluminoso estudio sobre la civilización norteamericana, que "un pueblo feliz está más naturalmente inclinado a rendir culto a los instrumentos de su éxito que a celebrar las altas virtudes que han inspirado este éxito? Norteamérica está en pleno desconcierto porque los formidables instrumentos de su potencia económica y militar, en los cuales ha depositado todas sus esperanzas, son traídos en jaque en los arrozales y selvas de Viet-Nam, por un pequeño pueblo siete veces menor que ella, cuya economía es esencialmente agrícola y que le opone menos hombres y menos armamentos. Pero la mayor parte de los norteamericanos no miden en su exacto valor la importancia de la partida que se juega en Viet-Nam y en todos los países que contemplan la evolución del drama. En el fondo de sí mismos comparten sin duda la convicción de Emerson de hace un siglo: "Creemos que nuestra civilización toca su cenit, en tanto que nosotros no estamos todavía más que al canto del gallo y a la estrella de la mañana."